

Víctor Montoya

CUENTOS DE LAMINA

Segunda Edición

Grupo Editorial
Kipus



¿POR QUÉ EL DIABLO SE LLAMÓ TÍO?

Los hombres más viejos de la mina cuentan que el diablo salta por el ojo de la cerradura y se mete en el cuarto oscuro de las mujeres. Las seduce con sus poderes sobrenaturales y las penetra sin que ellas lo noten, pues este personaje feroz, temido y respetado por los mineros, tiene la facultad de transformarse en tierra, aire, agua y fuego.

Así es como un día, bailando como Lucifer en el Carnaval, dejó embarazada a una chola de buen parecer, a quien los hombres la tenían por mujer digna y prodigiosa, porque se levantaba con el canto de los gallos y se acostaba apenas sus energías se perdían con la noche.

Cuando nació el hijo del diablo, la cola de sierpe, las extremidades contrahechas, las orejas puntiagudas y el cuerpo escamoso, causó espanto entre los vecinos que, al verlo tendido sobre el aguayo, lo confundieron con una iguana.

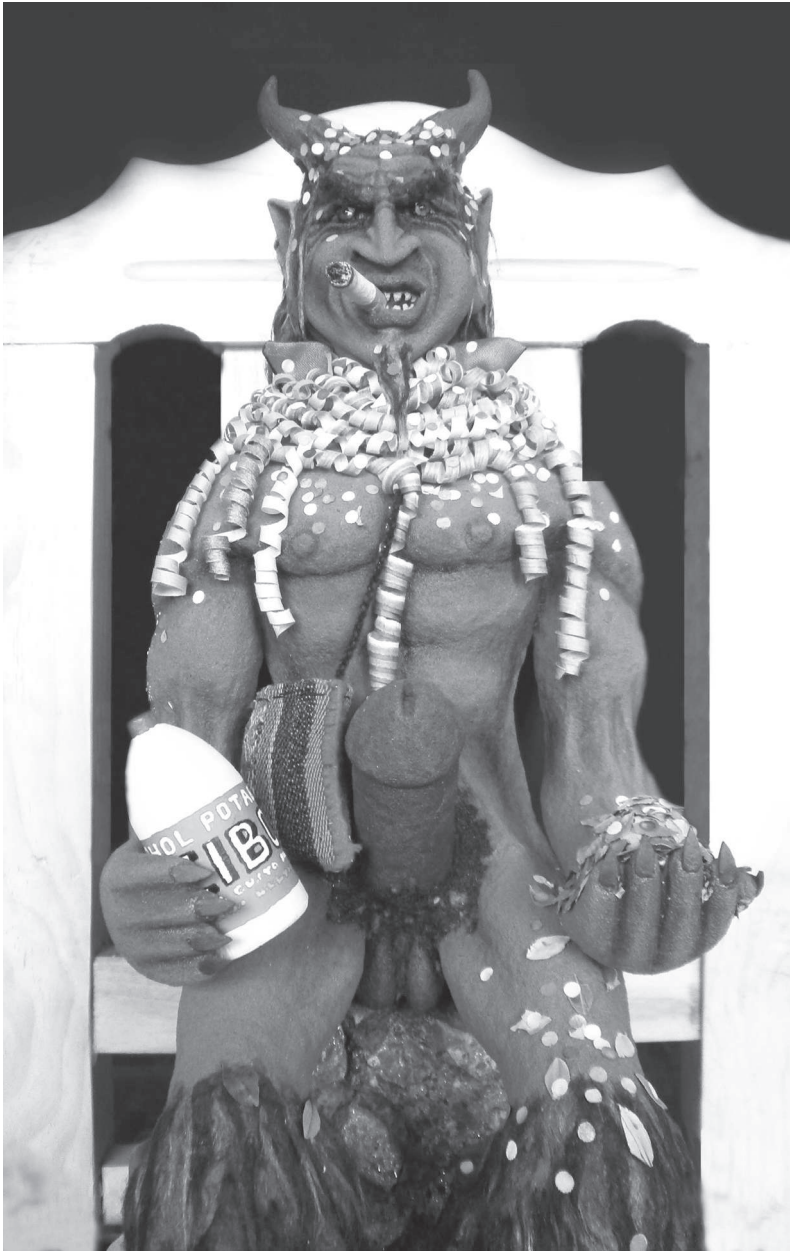
El cura del pueblo, al saber que el niño no era el hijo de Dios sino del diablo, decidió quemarlo vivo junto a su madre, quien, según los sermones del cura, merecía el castigo de arder en la hoguera por haber copulado con el demonio. La gente acudió a la procesión como cuando acudía a la iglesia. Madre e hijo fueron conducidos a la plaza principal, ubicada en lo alto de una loma. Allí los desnudaron y ataron de pies y manos en un poste. El cura exhortó a la calma, leyó la sentencia y, enseñando un crucifijo de plata, impartió órdenes de encender

el fuego. Madre e hijo ardieron como antorchas en la hoguera. Al menguar las llamas, los hombres molieron los cuerpos carbonizados en el batán y las mujeres esparcieron las cenizas en dirección al viento.

Esa misma noche, el diablo salió de sus dominios echando lumbres por los ojos y babas por la boca. Arrojó su manto hecho de fuego y se vengó del pueblo. Desvió el curso de los ríos, hizo desaparecer los filones de estaño y desató una tormenta que, en poco tiempo y con la violencia más grande que imaginarse pueda, arrasó con la iglesia y dejó las casas reducidas a escombros. Los techos volaron por los aires y los árboles fueron arrancados de cuajo. Las aguas se vaciaron en torrentes y el cielo se iluminó de relámpagos.

Los pobladores, envueltos en una ola de pánico y confusión, huyeron hacia las galerías de la mina, donde rogaron a Dios que les devolviera la calma y suplicaron perdón al diablo, quien, látigo en mano y furia en la mirada, decidió llamarse Tío y hacerse dueño de las minas y los minerales.

Desde ese día, en que todo volvió a ser como antes, los mineros le temen y le rinden pleitesía, ofreciéndole hojas de coca, *k'uyunas* y botellas de aguardiente.



LA IMAGEN DEL TÍO

Sinforoso Choque volvió a verlo en el sueño; tenía cuerpo grotesco, cara feroz, ojos chispeantes, nariz estallada, colmillos aserrados, lengua colgante y orejas de asno. En realidad, visto de cerca, su rostro se parecía a la máscara de diablo que él colgó en la pared del cuarto, al lado de la Virgen del Socavón. Pero el hecho de que este personaje enigmático se le hubiera metido en las pesadillas, como si estuviese hecho de la misma sustancia que los sueños, se debía a la sencilla razón de que estaba aterrado por su imagen, desde que lo vio por primera vez en la galería cercana al *paraje* del *qhencha* Condori, un hombre de procedencia dudosa, que no solo aprendió a pactar con el Tío, sino también a comunicarse con el espíritu de los mineros muertos en el laberinto de las galerías.

Se levantó de la cama como saliendo de una mala borrachera y se marchó a la bocamina con la sirena del sindicato, cuyo ulular era más triste que el aullido de un lobo. En su bolsa de Calcuta, salpicada por las gotas de sílice, llevaba un atado con mote, chalona y *chuño* para la comida; una botella de aguardiente y una *ch'uspa* con coca, *lejía* y *k'uyunas* para *pijchar* junto a la estatuilla de greda y cuarzo que representaba al Tío, ese personaje que, según las supersticiones, era el dios y el diablo de la mina, donde a unos los trataba con bondad y a otros con crueldad, dependiendo de los daños que le hicieran o de los tribu.monstruo hecho de rocas y penumbras.

—¡Hora de *lameo*! —exclamó el *qhencha* Condori, desprendiéndose de la roca. Extrajo de su bolsillo una caja de fósforos y encendió la pólvora.

El *qhencha* Condori y Sinforoso Choque, tras *chispear* la guía de la dinamita, huyeron hacia la galería principal, gritando a pulmón lleno:

—¡Tiro! ¡Tiro!...

El tiro flauteó en las oquedades, como si un trueno se hubiese desatado en el vientre de la montaña. Hubo una luz que relampagueó y desapareció entre las nubes de polvo, recortadas por la luz menguante de las lámparas.

—Cálmate, Vieja gran puta —susurró el *qhencha* Condori, acariciando la roca como si fuera el lomo de un gato.

La montaña se calmó, se calló. El *qhencha* Condori, que sabía calcular la temperatura de las rocas como si fuese su propio cuerpo, fue a controlar los destrozos de la explosión; entretanto Sinforoso Choque, levantándose de la guarida donde se escondió de la ventolera de humo y polvo, se retiró a la galería del Tío. Se sentó sobre el *callapo*, *pijchó* un manojito de hojas de coca y bebió un sorbo de aguardiente del gollete de la botella, ignorando la presencia del Tío, a quien no le ofreció su alcohol ni su coca, ni le prendió el *k'uyuna* en la boca.

El Tío, sentado en su trono de greda, el rostro diabólico, las patas de ganso y la verga gruesa, larga y erecta, lo miró con sus ojos de brasa, como si lo confundiera con la Vieja, su esposa perversa, la que todos los días, antes de cada *lameo*, era insultada y penetrada por los mineros que le extraían del vientre su riqueza.

Sinforoso Choque, que a lo lejos parecía arrodillado ante la imagen del Tío, sintió que la bola de coca se le amargó en la boca, anunciándole un mal presagio. En efecto, asaltado por el miedo y la superstición, primero vio la silueta de

dos hombres que, deslizándose a dos palmos del suelo, aparecieron y desaparecieron entre las tinieblas de la galería. Después escuchó la voz cavernosa del Tío, quien se levantó de su trono y se alejó enfurecido. Sinforoso Choque se quedó estupefacto, trató de dominar sus nervios y aligeró el contenido de la botella. De súbito, con el estómago relajado como por un purgante de magnesia, tuvo ganas de defecar, a pesar del temor al dolor que le suponía el esfuerzo de expeler lo digerido. Se retiró tambaleando hacia el tope de un *rajo* abandonado, donde nadie se atrevía a entrar, pues se decía que allí convivía el Tío con los dos mineros que desaparecieron sin dejar rastro alguno.

Sinforoso Choque miró en derredor, se bajó los pantalones y se acuclilló, apoyando los brazos en las rodillas. Ahí, mientras pujaba con fuerza, escuchó unos pasos que se le acercaban por la espalda. Pensó que podía ser el *qhencha* Condori, quien, como todos los viernes a esta misma hora, venía a dejar un puñado de coca y un vaso de alcohol para el espíritu de los mineros que desaparecieron en el *rajo*. Pasado un tiempo, y al escuchar los pasos muy cerca de él, volvió la cabeza y preguntó quién era. Nadie contestó, salvo una corriente de aire que silbó a lo lejos.

—¿Quién anda por ahí, carajo? —insistió, volcando su indignación en un grito de furia.

Ahí nomás, como si estuviese en las profundidades del infierno, sintió una quemazón de fuego entre las piernas. El cuerpo se le iluminó como ascua y las lágrimas le estallaron en los ojos. Quiso pararse, pero el Tío lo sujetó por los hombros y lo tumbó con violencia, la cara al suelo y la espalda al cielo.

Sinforoso Choque, sacudido por convulsiones de dolor, sintió en el alma el crujido de la muerte y resolló como si un barreno

se le hubiese atravesado de lado a lado. De su interior le bajó un chorro de sangre viva y su recto se le abrió como un caño roto. Pasado el incidente, lanzó un grito de pavor y se retorció en el suelo. Se levantó arrimándose contra las rocas y salió del *rajo* rumbo a la bocamina, mientras el Tío, chasqueando su lengua como látigo de mayordomo, lo perseguía de cerca, riéndose con una voz parecida al rebuzno de un asno.

Cuando Sinforoso Choque alcanzó la bocamina, donde el sol caía caldeando la tarde, se enfrentó a sus compañeros de la segunda *punta*, quienes lo vieron salir de la oscuridad con aspecto de loco, los pantalones rotos y el trasero salpicado de sangre.

—¿Qué pasó, compañerito? —le preguntaron al unísono, formando un ruedo.

—El Tío, el Tío... —balbuceó Sinforoso Choque, sin poder controlar las lágrimas que le surcaban el rostro ni las babas de coca colgadas de sus labios.

Los mineros, pensando que había perdido la razón, lo tomaron por los brazos y lo llevaron al Hospital Obrero, donde murió a los dos días de ser ingresado. Cuando los médicos le hicieron la autopsia, se supo que el autor de su muerte no fue el Tío, como muchos habían pensado, sino una enfermedad misteriosa de la cual nadie pudo salvarlo.

El maravilloso libro de Víctor Montoya, *Cuentos de la mina*, aclara desde la literatura todo aquello que los historiadores no podemos captar con la sencillez e inmediatez que es tan propia de los escritores de raza. Y Montoya ha probado sobradamente que lo es. En su obra, sin teorías venidas de otros oficios, el autor recrea con naturalidad el imaginario del minero boliviano a través de una serie de cuentos en donde quedan plasmadas las desdichas y esperanzas de ese colectivo humano utilizando como marco de encuadre a uno de los personajes más emblemáticos del sincretismo americano: El Tío de la Mina, dueño sobrenatural y soberano absoluto de la oscuridad y sus riquezas.

Fernando Jorge Soto Roland

Cuentos de la mina vendría a ser una especie de biografía del Tío, es un libro que con sus relatos fascinantes, sus minuciosas descripciones en un lenguaje fluido, en ocasiones poético, y sus ilustraciones, constituyen un valioso aporte al conocimiento de las creencias, mitos, ritos y leyendas que desde siglos sustentan el mundo de los trabajadores mineros.

Giancarla de Quiroga

Víctor Montoya rescata prolijamente las tradiciones y leyendas de la mina y se convierte en un cronista del mundo fantástico que emerge del socavón. Sus relatos son metáforas sobre la existencia fantasmal que se atribuye a los mineros más empobrecidos, muertos en vida por la silicosis y la ausencia de horizonte. Sin haber tenido la vivencia de penetrar en la mina es difícil describir con tanta propiedad esa sensación de ahogo, de oscuridad absoluta y de humedad sexual que se respira en los socavones.

Alfonso Gumucio Dagon

Este libro es el fiel reflejo del pensamiento, los sentimientos, usos y costumbres que caracterizan a las poblaciones mineras bolivianas y su entorno físico andino, ya que los hechos en él relatados, se desarrollan en los centros mineros de Siglo XX, Potosí y Oruro, en cuanto a las manifestaciones mitológicas y legendarias que dan origen a acontecimientos culturales de extraordinaria magnitud, como el Carnaval de Oruro y los ritos litúrgicos propios de una religión ecléctica que rige en América desde el desenlace de la dominación española.

Alberto Guerra Gutiérrez

Leer *Cuentos de la mina* significa sumergirse en el mundo sincrético de las creencias mineras de Bolivia. Los textos, como si fueran galerías de una mina, se van adentrando en las diferentes actualizaciones del sincretismo religioso que supone la figura y leyenda del Tío, así como su significación para los mineros.

Leonardo Rossiello

